

SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS

Catedral de La Habana, 20 de abril del 2000

«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»

Hoy, Jesús, 2.000 años después de haber tomado un cuerpo como el nuestro, cuando te despojaste de tu rango de Hijo eterno de Dios para pasar por uno de tantos, sometíendote a la muerte, y a una muerte de Cruz, fijamos nuestros ojos en tu cuerpo lacerado pendiente de esa cruz y queremos escuchar tu palabra dicha sobre el mundo al que tanto amó Dios Padre que le entregó a su Hijo.

¿Qué hemos hecho nosotros del anonadamiento del Hijo de Dios, 2.000 años después de que, por obra del Espíritu Santo, bajó del cielo, se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre?

Se me ocurre pensar que en la mirada de Dios, sin tiempo ni espacio, esa que el Padre, misteriosamente, había velado a su Hijo en los momentos de su pasión y de su Cruz hubo una dolorosa excepción para que tu pudieras contemplar, Cristo Jesús, abrumado hasta el límite, toda la miseria y el pecado de los hombres y mujeres que poblarían la tierra después de tu paso por ella. Somos los moradores de nuestro planeta, los que hemos vivido y vivimos en Él desde aquel año 33 después de tu nacimiento hasta el año 2000, quienes comparecemos ahora ante ti con nuestra obra. Muchos la encuentran maravillosa, pero tu vista nublada de sudor y lágrimas no puede distinguir, en la bruma de estos 2.000 años, las grandes catedrales que a tu gloria levantaron los hombres, ni las torres alzadas por los poderosos, donde se compra y se vende y se hace el dinero, ni los aviones veloces, ni las altas antenas de televisión, ni los cruceros de lujo, ni los hoteles de cinco estrellas, ni la Estatua de la Libertad, ni la torre Eiffel, ni los fuegos artificiales de New York, Londres o París para celebrar la llegada del 2000 de tu nacimiento.

¡Cuántas cosas lindas hemos hecho en estos 2.000 años, Señor! Pero si los destellos de los fuegos de artificio pudieran perforar la niebla espesa de los tiempos y llegar hasta aquella colina llamada Calvario, ¿qué consuelo podría aportarte todo eso a ti, un condenado a muerte, sumido en la tristeza y la ignominia, que se aprestaba ya a dejar «este mundo»?

Te parecía, sin embargo, que hacia el horizonte, en el reverberar de aquella tarde abrasadora, se disipaban las nubes y, con terrible claridad, dejaban ver batallas sangrientas, cuerpo a cuerpo, hombres trucidados, avanza por allá una enorme caballería en marcha, llevando por doquier el signo de una cruz, una cruz como la tuya. Son los cruzados, entrando en Constantinopla y saqueando la ciudad en nombre tuyo.

Venían hacia acá, hacia tu Tierra Santa, a buscar tu sepulcro y olvidaban que a ti no hay que ir a buscarte lejos, sino en lo hondo del corazón, o levantar simplemente la vista y ver frente a nosotros al pobre y al que sufre para hacerle algún bien, porque en él también estás tú. «*Lo que hicieren a uno de estos, los pequeños, a mí me lo hacen*», así nos habías dicho. Pero mil, dos mil años es mucho tiempo y nos hemos olvidado de eso y de amarnos unos a otros, que fue el único mandamiento que Tú nos diste. Por eso ves, desde lo alto de la cruz, la tierra como un campo de amapolas. Es la sangre derramada en las guerras, guerras de religión, guerras entre reyes, guerras civiles, guerras revolucionarias; dos terribles guerras mundiales y un inmenso hongo radioactivo, sobre hombres, mujeres y niños, y todos están muertos o tienen cáncer. Allá te parece divisar, Jesús, un mar inabarcable, surcado por barcos cargados de esclavos, que traen de lejos quienes se proclaman cristianos, seguidores de tu doctrina. Y después, en un arenal interminable se agolpan los hambrientos, los miserables, las víctimas de la injusticia, los condenados a muerte en una silla eléctrica, en una cámara de gas, por ahorcamiento, por fusilamiento, los marginados, los asesinados,

los torturados, los discriminados, los drogadictos, las prostitutas, transexuales, los bisexuales, los homosexuales... Y se levantó ante tus ojos una montaña enorme de piel y carne y órganos humanos: son los niños abortados por libre decisión de sus madres y de sus padres. Sentiste en ese momento en tus oídos un ruido ensordecedor: eran las sirenas de todas las fábricas, el claxon de todos los automóviles, las voces enronquecidas de todos los habitantes de la tierra que ululaban juntos celebrando la llegada del año 2000 de la Era Cristiana. Y entonces, con un sollozo ahogado en la garganta, dijiste: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Hoy estarás conmigo en el paraíso

Del paraíso hicieron los pintores renacentistas cuadros idílicos: musas paganas tocando arpas, con ángeles babilónicos entre árboles exuberantes y todo el mundo yaciendo con placidez, en un «no-hacer-nada» sin fin.

Del paraíso han hecho un nombre apropiado para lugares donde pasar un buen rato o encontrar algo bueno, los dueños de cafés, de restaurantes, sombrererías, salas de cine o aun burdeles.

Y en la era moderna, con la especialización, hay un paraíso para cada ocio o para cada vicio: París, el paraíso de la moda, las islas Caymán, un paraíso fiscal, es decir, donde se compra, se vende o se lava dinero; Las Vegas, el paraíso del juego (juego de dinero, se entiende), y los paraísos tropicales para los turistas ricos que vienen de lejos a disfrutar lo que los pobres quieren dejar atrás, soñando con ese otro paraíso de los ricos que tienen de todo, que viajan y que pueden tomar vacaciones en los paraísos tropicales.

Un paraíso en la tierra se propuso más de un régimen político, pretendiendo instaurar, con mano fuerte, la justicia y la igualdad. Pero esto es difícil, aún más sin Dios y sin amor.

Si la gente ha soñado un paraíso, lo ha pintado, le ha puesto ese nombre a lo que le gusta y de cada situación ventajosa, o aun pecaminosa, pretendemos hacer un paraíso, incluso si algunos han intentado fabricarlo en países o en imperios enteros, es porque la búsqueda o el invento de un paraíso por parte del hombre le es connatural: el paraíso es la objetivación de la felicidad. Y la felicidad la perseguirá siempre el ser humano. Dios nos creó para la felicidad y no podemos olvidar que en las primeras páginas de la Biblia, a causa de la desobediencia del hombre, que lo encerró en su pecado, perdimos el paraíso, o sea, la felicidad, pero nos quedó en el alma un ansia infinita de ella.

El mismo pecado del principio nos acompaña siempre y no nos deja descubrir con facilidad dónde se halla la felicidad verdadera: Unos quisieran darse todos los gustos, otros tener muchas cosas o mucho dinero, hay también quienes pretenden la felicidad por medio de las distracciones y el entretenimiento: televisión, juegos de vídeo, música, tragos, conversaciones insustanciales; algunos, buscando un poco de felicidad, se escapan por la puerta falsa del alcohol, de la droga, del sexo.

Así es como hemos pintado, nombrado e inventado tantos «paraísos». «Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón», había dicho Jesús. Pero cada uno yerra, al querer forjarse su propio tesoro. Hay que poner el corazón en un único tesoro válido y ese nos viene dado por Dios. Más que forjarlo o inventarlo, hay que descubrirlo. Escuchemos de nuevo a Jesús: «el Reino de los Cielos se parece a un hombre que, trabajando en su campo, encontró una piedra preciosa de gran valor, se la guardó en el pecho y vendió el campo». Había hallado el tesoro: el Reino de Dios, el horizonte sin límites de felicidad y de paz que únicamente puede colmar al ser humano!

Este deseo de plenitud y de bien nos acompaña hasta la muerte. Y anidaba también en el corazón de uno de los salteadores de caminos condenados con Jesús. Con Él habían crucificado a dos malhechores: uno a su derecha y otro a su izquierda. Uno maldecía a Jesús, le molestaba tal vez su paciencia, su entereza o que perdonara a aquellos que los hacían sufrir, el otro escuchó el perdón

que Jesús daba a sus verdugos y se estremeció, vio el rostro noble y hermoso de Jesús, cubierto de tierra y sangre, y descubrió más allá de aquel sudor espeso el brillo de la verdad y del amor.

Había encontrado la piedra preciosa, allí estaba su tesoro y rápidamente, sin tiempo apenas, puso en él su corazón:

«Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.» Jesús no nos hace esperar por la felicidad anhelada, ni al malhechor que está ya por morir, ni a ninguno que se vuelva con todo el corazón hacia Él. Su respuesta fue inmediata: «*Hoy estarás conmigo en el Paraíso*».

Tú que buscas, tú que no encuentras sentido a tantas cosas, fija tu mirada en Jesús y dile humildemente que se acuerde de ti. Este año Santo Jubilar es una invitación a todos los hombres y mujeres de la tierra a descubrir entre el lodo, la sangre, la rabia por la injusticia, la insatisfacción y el vacío, el verdadero tesoro, la piedra preciosa que se guarda sobre el corazón, el Reino de Dios, el único Paraíso verdadero, que tendrá entonces para ti un rostro y un nombre: Jesús.

En este siglo XXI que comienza es tarea de todos los cristianos anunciar con sus vidas y su palabra a Jesús. Cuando muchos descubran que Él es la Luz del mundo, que resplandece más que mil piedras preciosas de gran valor, dejarán sus campos minados por las espinas del odio y el desamor y apretarán junto a su pecho aquella joya. Sabrán entonces, en palabras del mismo Señor, que el Reino de los Cielos está dentro de ellos, y que el Paraíso comienza en esta tierra para cada hombre que encuentra a Jesucristo y pone en Él su corazón. En el tiempo de Dios, «hoy» es «siempre» y, desde hace 2.000 años, Jesús está esperando el arrepentimiento de cada ser humano para repetirle incansablemente, misericordiosamente a uno y a otro: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso*.

Mujer, ahí tienes a tu hijo; hijo, ahí tienes a tu Madre

Junto a la Cruz de Jesús estaba María, la Madre, y otras mujeres.

Con el nacimiento de Jesús, entra en la escena del mundo de cuerpo entero la Mujer. San Lucas, en los inicios de su evangelio, revoluciona toda la historia bíblica que narra las comunicaciones de Dios con la humanidad, porque desde los tiempos antiguos Dios había hablado, por sí mismo o por sus intermediarios, a hombres: le habló a Abraham, a Moisés, a Isaías, a Jeremías o a otros profetas, siempre para confiarles grandes tareas que debían realizar esos hombres en la conducción del pueblo elegido por Dios para hacer depositarios de las promesas de salvación y proclamar ante todos los pueblos que hay un solo Dios y su nombre es El Señor.

Pero, llegado el tiempo establecido, Dios envió su ángel a una mujer virgen, su nombre era María. Su misión desbordaría las fronteras religiosas y culturales del pueblo elegido. Si ella aceptaba la propuesta del ángel, el que nacería de su seno sería llamado hijo de Dios y será quien salve a toda la humanidad. María, entonces, dijo sí, aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra, y la palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.

Aquel «sí» llevó a María hasta el Calvario. Allí, al pie de la cruz, una espada le traspasó el alma. La que nos dio a Jesucristo, luz del mundo, daba ahora a luz en el dolor a la nueva humanidad redimida, nacida de la fe en su hijo que por todos se entregaba en la cruz. Era su propio hijo quien le confirmaba esta misión en la trágica solemnidad de su acto salvador, cuando refiriéndose a Juan, el discípulo amado y fiel, que personificaban a cuantos habrían de amarlo y seguirlo a él, le dijo a María: mujer, ahí tienes a tu hijo.

Mujer, dijo Jesús, como era la costumbre de llamar en público a la madre entre los hebreos. Pero adquiriría esta palabra, dicha en aquel momento, una resonancia humana insospechada. Destacaba la

presencia de la mujer en la hora de la cruz, cuando el mundo es condenado como el reo y el reo es exaltado como juez poderoso. María participa con amor y con pasión de madre en el acto redentor del hijo y Jesús quiere extender ese amor y esa compasión a toda la Iglesia. Él entrega su vida por los pecadores y ella será la Madre de los pecadores, acompañará como Madre a todos los que su hijo ha salvado en la cruz y a la humanidad sufriente ansiosa de salvación.

A la entrada de Cristo en la historia correspondió el sí de una mujer. En el momento culminante de su historia de amor por los hombres, la hora de su ofrenda al Padre, Jesús nos entrega a esa mujer convertida ahora en Madre nuestra. El cristianismo ha sido enaltecedor de la mujer. Cristo, nacido de mujer, con su acogida a la mujer en el grupo de sus seguidores (había más mujeres que hombres junto a su cruz), por su actitud y sus gestos hacia la mujer, la ha colocado en un lugar cimero. Los dos mil años de civilización cristiana han significado para la mujer, no sin penalidades e incomprendimientos, llegar a su plena estatura moral y espiritual y proponerse de veras su promoción personal y social de acuerdo a su dignidad igual al hombre, puesta en evidencia por el mismo Jesucristo. Basta mirar el papel y la condición de la mujer en las culturas no cristianas, para comprender lo que ha significado para la mujer cristiana el paso de Jesucristo por la historia.

Pero del mismo mundo cristiano, sobre todo en este siglo XX que concluye, ha pretendido una falsa liberación de la mujer, privándola justamente de lo que la enaltece. Poner en manos de la mujer, que es fuente de la vida, un arma de matar es arrebatarle en cierto modo su propia identidad. Dejar en ridículo o menospreciar la virginidad de la mujer es una suerte de violación moral. Decir que la maternidad es un estorbo para el desarrollo de la mujer y que el hogar es una prisión de la que hay que rescatarla es como vaciar el mundo de ternura y de calor humano. Se me antoja que esta palabra de Jesús fue dicha a todas las mujeres, a las jóvenes y a las adultas, a las solteras y a las casadas: «mujer, ahí tienes a tu hijo», es decir: tu identidad propia y tu tarea en el mundo se definen a partir de la maravilla de la maternidad. Tu misión es cuidar la vida, de llenar el mundo de amor materno, buscar tu promoción y tu puesto en la sociedad a partir de lo que te enaltece, te distingue y te identifica, sino al mundo le seguirá faltando el aporte propio de la mujer. Como faltaría a la Iglesia el amor maternal de María, si en el plan de Dios ella no hubiera tenido un papel propio y hermoso, que Jesucristo ratificó desde lo alto de la cruz.

Al volver Jesús su mirada a Juan, nos dio a todos nosotros y nos dijo a cada uno de los hombres y mujeres de la tierra y de todos los tiempos: «hijo, ahí tienes a tu Madre». Gracias, Señor, a ti, que nos regalas tu amor más grande.

Salve, María, madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

El camino escogido por Dios para salvarnos fue el que describe admirablemente San Pablo en su himno de la Carta a los Filipenses:

Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte
y una muerte de cruz.

La historia del hombre sobre la tierra, aun si repasamos solo estos dos mil años transcurridos desde la encarnación del hijo de Dios, se desarrolla como un drama que envuelve la vida de todos los hombres. Jesús no viene a nuestra historia a desempeñar un papel en ese drama, al modo del actor que entra en escena y hace como si sufriera y llora como si la pena y el dolor que indica el libreto fuera suya propia sin que nada de esto le afecte verdaderamente.

El hombre Cristo Jesús no vino a hacer como si naciera, como si sufriera y muriera en una cruz, sino que, a pesar de su condición divina, de ser Dios, se despojó de su rango, tomó la condición de esclavo y se rebajó hasta someterse a una muerte de cruz. Esa fue la decisión incomprensible de Dios. La vida del hombre sobre la tierra se teje como un drama real: amor y desamor, ambición y odio, poder y sometimiento, ansias de felicidad y frustración, enfrentan o alejan a los seres humanos entre sí. A escala mundial se entrecruzan intereses desiguales: miseria y opulencia, culturas diversas, ideologías opuestas. Los hombres se agrupan en sectores diferentes separados por un abismo: los pocos que tienen en sus manos los hilos que mueven a otros hombres y generan acontecimientos, o sea, los que «fabrican» la historia, y los muchos que sufren los abatares de la historia, o sea, quienes la padecen, que son los pobres, los fríos, los mansos, los que lloran. A estos, Jesús los llamó dichosos y se hizo uno de ellos.

Dios hizo la opción de hablar a los hombres desde abajo, compartiendo la suerte de los que menos cuentan. Pero la adhesión de la cruz horroriza aun a aquellos que nada tienen. Los humildes, los sencillos, son pobres, pero honrados y Jesús fue contado entre los malhechores, considerado el deshecho de la plebe, ¿podrán ahora los pobres reconocerlo así como a unos de ellos? Jesús se queda solo en la cruz. Allí, en lo alto del calvario, él está expuesto, torturado y desnudo como un condenado que sirve de escarmiento a otros malhechores. Él, que es el santo de Dios.

Parecía que las nubes negras que comenzaban a cubrir el cielo le ocultaran el rostro del Padre. Pensó por un momento, quizá, que aquello era demasiado, tuvo la impresión de haber llegado al límite. Se fue identificando así misteriosamente con quienes dicen que no pueden soportar ya más, con los que sienten flaquear su fe y lo ven todo negro. Señor, si no hubieras experimentado esa desolación, no habrías llegado a ser miembro pleno de nuestra humanidad.

Muy especialmente de esta humanidad de fin del milenio, hundida en su miseria y su riqueza, hecha de hombres y mujeres apiñados en grandes ciudades de millones de habitantes intercomunicados por teléfonos, fax, Internet, pero más solos y aislados que nunca, bajo un cielo cubierto de satélites y de objetos voladores no identificados, que nos hemos inventados por la necesidad imperiosa de que haya otra vida en otra parte, deseando no estar solos en la tierra (ahora que somos más de cuatro mil millones), tantos y tan solos, tantos pero sin Dios.

Y allí, en la soledad de tu cruz, teniéndolos presentes a todos y cada uno de nosotros, recordaste, Jesús, el Salmo antiguo que tu pueblo había rezado tantas veces en los momentos de desesperación. Y de los labios resecaos de Cristo crucificado, subió desde la tierra hasta el cielo la más desconcertante oración de la historia humana. Pediste prestada la desesperanza de millones de seres humanos de todos los tiempos y dijiste: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Tengo sed

La sed de un hombre clavado en una cruz es perfectamente comprensible, el sol es abrasador, la transpiración abundante, aumentada, además, por el esfuerzo inútil de aliviar el dolor de las heridas de las manos tratando de apoyarse en las heridas de los pies, y de cambiar de nuevo el sostén del cuerpo hacia las manos cuando los pies parecen quebrarse. La pérdida de sangre es continua y produce una sed angustiada. Nadie puede dejar de suponer que Jesús debe sentir una sed terrible.

Pero, en la cruz, él no se ha quejado de nada, ni del dolor atroz de sus manos y sus pies ni de la sensación de ahogo, al no poder sostener el ritmo de la respiración, obligado como estaba a aquella posición torturante por tanto tiempo. El sol golpea sobre su cabeza y parece que sus sienes van a estallar, pero nada de cuanto ha dicho durante aquel espantoso suplicio tiene que ver con los sufrimientos que experimenta en su cuerpo. Sus palabras reflejan que sus pensamientos van de los hombres a Dios Padre. Él permanece constante en su misión de mediador entre Dios y los hombres: perdona a los pecadores, premia al buen ladrón, nos entrega a María como madre y vuelve después hacia el Padre su corazón desolado.

¿Por qué se quejaría específicamente de la sed que le quemaba la garganta? En la hora de su testamento espiritual a los hombres, ¿habrá hecho una parte para ocuparse de Él mismo?, ¿o estará hablando de una sed a la que ya Él se había referido otras veces? En el sermón de la montaña, Jesús proclamó dichosos a los que tienen hambre y sed de justicia. Sed de equidad y buen trato, sed de verdad y de bien. Esta sed no saciada de los hombres, la compartes ahora tú, Señor, y abraza tu garganta.

A la samaritana que había ido a buscar agua al pozo de Jacob quisiste despertarle aquella sed. Ella estaba en otra cosa, tú le hiciste saber que conocías su historia: «cinco maridos has tenido y el que tienes ahora no es tuyo», escuchó ella sorprendida de tus labios. Se equivocaba la samaritana, al saciar sus deseos en aguas tan turbias. Por eso le dijiste: «el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed, se convertirá dentro de él en un manantial que salta hacia la vida eterna». Y esto mismo lo proclamaste con voz fuerte en el templo de Jerusalén en un día de fiesta: «quien tenga sed que venga a mí y beba».

Mucho tuvo que ver tu misión con la sed espiritual de los hombres. Proclamaste dichosos a quienes la sienten, procuras despertarla en quienes parecen no haberla experimentado, ocupados solo en asuntos cotidianos e intrascendentes, y nos anuncias a todos que solo tú eres la fuente de agua viva que puede calmar esa sed.

Tu voz apagada y ronca de la cruz no resuena como aquella voz potente que en el templo convocó a los sedientos de amor y de justicia a saciarse en ti, pero, como solo puede lograrlo un quejido, tocas las fibras de los corazones dormidos, satisfechos, sin anhelos, abrevados en aguas estancadas y malsanas y haces que deseen la fuente que mana y corre.

Tu sed de la cruz es sed de nuestra sed. A los dos mil años del nacimiento del redentor, esa sed tuya no ha sido saciada aún y hay muchos hermanos nuestros que no sienten otra sed más que la del placer, alcohol, de comodidad o de experiencias novedosas.

La misión de la Iglesia, en el tercer milenio de la era cristiana, es despertar en nuestro mundo esa otra sed y decirles a todos que solo pueden saciarla en Cristo, que está de pie en el templo de su gloria y clama con voz fuerte: «quien tenga sed que venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la escritura, fuentes de agua viva manarán de su seno».

Todo está cumplido

Son casi las tres de la tarde. Llevas ya varias horas en la cruz y sientes que el final se acerca. Sin embargo, otros crucificados resisten más tiempo, llegan a vivir en estado de semiconciencia hasta un día después de iniciado el suplicio. Aunque la existencia haya sido dura e ingrata, llegado el momento de la muerte, la mayoría de los seres humanos se aferra a la vida aun los que están clavados a una cruz. Por eso, algunos condenados a esa horrible muerte duran más, pero ninguno ha vivido con la intensidad que tú aquellas horas de agonía. No podemos olvidar las palabras que dirige el malhechor arrepentido al otro que te increpaba: «al menos lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos, en cambio, este no ha faltado en nada».

La inocencia de Jesús añadía un profundo dolor moral a sus sufrimientos, que se tornan más crueles porque su vida limpia ha sido el espejo de la santidad de Dios. Ningún otro hombre en la historia de la humanidad ha podido ni podrá decir, a no ser un mentiroso arrogante o algún alienado, lo que Jesús, manso y humilde de corazón, nos dejó dicho en su santo evangelio: «¿quién puede acusarme a mí de pecado?». Los grandes santos de la Iglesia: San Agustín, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, se sabían pecadores a quien Dios había amado mucho. Ese es el único modo posible de santidad para un ser humano: el reconocimiento del propio pecado y el saberse perdonados por la infinita misericordia de Dios. Cualquier otra cosa dicha por un ser humano es mentira o locura.

El hombre Jesús de Nazaret es el hijo eterno de Dios que compartió todo lo nuestro, menos el pecado. Él vino a perdonar y a sanar y ahora en la cruz siente como si el pecado del mundo viniera sobre Él, pudiera entrar en su alma. San Pablo dirá que Jesucristo por nosotros se hizo pecado. Nadie más que Él, el hombre Dios, pudo tener en sí esa extraña y dolorosa experiencia.

Señor, no te faltó nada de lo sucio y lo vil que el pecado puede producir en el corazón humano que no sintiera como tuyo, sin haberlo cometido jamás. Le habías pedido en el huerto al Padre que alejara de ti el cáliz amargo de tu pasión sin tener que beber de él, y ahora lo has consumido hasta la última gota. Una extraña serenidad gratificante invadió tu alma, y dijiste como él artista que levanta el pincel después de su último trazo a su obra maestra: todo está cumplido.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu

La travesía de todo hombre por el mundo tiene tres grandes momentos: aceptar la vida, vivirla intensamente y entregarla al final. Muchos viven sin ni siquiera haber aceptado el reto de vivir, simplemente, pasan por la vida. Algunos aceptan en la juventud el riesgo exhaltante de vivir y después se adocenán, se hacen masas que trabajan, se distraen, disfrutan o sufren, pero sin relevancia, con baja intensidad. Otros viven intensamente, son corredores de auto, alpinistas arriesgados o servidores arriesgados de la humanidad, son artistas famosos por sus actuaciones o sus escándalos o constructores conscientes de un mundo nuevo o artífices de la paz.

Los santos parecen anticipar al tiempo de su vida la eternidad feliz: «vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero, que muero porque no muero», dirá Santa Teresa de Jesús. La Carta a los Hebreos nos presenta a Jesucristo que, al entrar en este mundo, dice a Dios Padre: «tú no quieres ofrendas ni holocausto, y por eso me diste un cuerpo... entonces yo dije: aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad». La actitud radicalmente religiosa del hombre consiste en aceptar la vida como viniendo de Dios y buscar en todo momento el querer de Dios sobre su vida. «Mi comida es hacer la voluntad del Padre», dirá Jesús en plena madurez.

Cristo vivió con intensidad su vida. No la intensidad de la prisa, de las acciones impactantes, del éxito perseguido a toda costa, sino la intensidad del amor. «Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo». El dinamismo del amor es lo único capaz de ofrecer a la existencia una energía que no la desgasta en sí mismo, sino que la abre a posibilidades siempre mayores. Jesús nos llama a todos a vivir la intensidad del amor: «si ustedes aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? ... Amen a sus enemigos, recen por quienes los persiguen...».

El mundo, al final del segundo milenio de la era cristiana, arrastra aún los males de no haber vivido intensamente el amor que Cristo vino a poner en el corazón humano. De ahí las guerras, las desigualdades, la opresión, el hambre con que entramos al tercer milenio.

La cruz es para Cristo el momento final de la entrega. Solo es posible hacer de la entrega final una ofrenda serena a Dios, cuando hemos aceptado plenamente el reto de vivir y hemos vivido con intensidad el amor que él nos pide. Este es, para Jesús, su último acto en la tierra.

Miraste entonces, Señor, hacia el horizonte y viste por última vez las torres de Jerusalén y sus murallas. Te hiciste entonces esta pregunta que se hacen todos los que sufren, cuando ven que los que han querido se alejan en el momento de dolor: ¿dónde estará Pedro y Santiago?, ¿por qué Judas habrá obrado así conmigo? Y los quisiste a todos igual que siempre. Ya parecía quedar más lejos la mole del templo; la tierra, como a todos los moribundos, comenzó a resultarte extraña, más a ti, que regresabas a casa. Y con la misma entrega que hiciste tu entrada en el mundo, con la intensidad invariable de tu amor a los hombres, viste de nuevo la luz en que siempre habitas y dijiste: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».